

Peter Kocan  
**Aires nuevos**

Traducción de Güido Sender Montes



sajalín editores

¿Comunidad, parentesco, raíces? Lo esencial de tu situación era que no poseías semejantes ataduras. Eras, si podías soportarlo, idealmente libre.

SAUL BELLOW

... quienes conocían el viejo orden solo como promesa rota, y aun así se tomaban la promesa más en serio que quienes la daban sencillamente por descontada.

CHRISTOPHER LASCH

## Capítulo 1

### *Llegada*

Eran tres. Acababan de apearse del tren nocturno interestatal y caminaban por el andén hacia los torniquetes de acceso. La mujer tenía treinta y tantos años y llevaba de la mano a un niño de siete. Varios pasos por detrás, alejado como si de ese modo pudiera distanciarse de lo que ocurría, los seguía un chico de catorce años con dos maletas a rastras.

—¿Papá nos encontrará? —preguntó preocupado el niño.

—Ya te he dicho que no —respondió la mujer.

—¿Por qué?

—Porque no sabe dónde estamos.

—¿Y si alguien se lo dice?

—Nadie sabe dónde estamos, solamente nosotros.

El niño no parecía convencido, y el chico tampoco. Toda la noche, sentado sin encontrar acomodo en el duro respaldo del asiento, le había dado vueltas a la cabeza una y otra vez. Se habían apresurado a llenar las dos maletas con lo que tenían al alcance y habían abandonado la casa solo dos o tres horas antes de que Vladimir volviera del trabajo. Para cuando se diera cuenta de que se habían ido, ellos ya estarían en el tren a muchos kilómetros de distancia. Pero ¿y si sin quererlo habían dejado alguna pista? El chico se había devanado los sesos tratando de

encontrar algún rastro que pudieran haber pasado por alto. ¿Y si Vladimir hubiera vuelto del trabajo temprano y los hubiera visto subir al taxi con las dos maletas? ¿Y si Vladimir viniera en el siguiente tren detrás del suyo? El chico sentía una continua necesidad de mirar atrás. A sus espaldas oyó un grito, pero solo era un mozo de estación bromeando con un compañero.

Atravesaron el torniquete y llegaron a un grande y bullicioso vestíbulo. Había letreros, quioscos y carritos cargados de equipajes. La mujer, con el niño de la mano, avanzó y se detuvo en medio del vestíbulo. El chico los siguió, se detuvo a cierta distancia de ellos y dejó las maletas en el suelo.

La mujer se le acercó y le preguntó:

—¿Tienes hambre? Podríamos comprar unos bocadillos.

—Me da igual —respondió el chico.

—Deberíamos comer algo.

—Me da igual —repitió. Miraba los torniquetes que acababan de atravesar. Se habían detenido delante de ellos, estaban perfectamente a la vista. Quería apartarse para dejar de exponerse, pero de haberlo dicho hubiera dado a entender que aquello le preocupaba.

—¿De qué quieres el bocadillo? —le preguntó la mujer.

—Me da igual —respondió sin mirarla.

—Vuelvo enseguida —dijo la mujer—. Vigila a tu hermano hasta que vuelva, y explícale que ahora estamos a salvo, ¿quieres?

El chico se encogió de hombros.

—Me gustaría que me ayudaras un poco —añadió la mujer y se fue hacia un quiosco.

El chico se quedó junto a las maletas observando los torniquetes, mientras el niño miraba con atención una hilera de carritos arrastrada por un pequeño vehículo.

—Son de jamón y queso —dijo la mujer al volver—. Mira, un asiento. —Llevó al niño al otro lado del vestíbulo, se sentó con él y comenzó a desenvolver los bocadillos.

El chico los siguió con las maletas y se sentó aparte en el suelo. La mujer se inclinó y estiró el brazo para darle un bocadillo. El chico hizo que no con la cabeza, pero la mujer se lo puso en el regazo; en realidad estaba hambriento, aunque se sentía cada vez más tenso. Todavía estaban expuestos ante los torniquetes, y cada vez que un hombre corpulento los atravesaba, el chico sentía un vuelco en el corazón. ¿Por qué no se iban ya? ¿Por qué se exponían de ese modo? Le vino a la cabeza la expresión «estupidez criminal». El comportamiento de la mujer era «estupidez criminal», y que le pusiera el bocadillo en el regazo de esa manera absurda le parecía el colmo de tal comportamiento.

De repente se puso furioso. Quería gritarle: «¡Serás imbécil! ¿No te importa que en cualquier momento aparezca Vladimir hecho una furia a través de esos torniquetes? ¿No te importa que te dé una paliza?». A ella le daba igual, pensó amargamente. Si Vladimir aparecía y comenzaba a darle una paliza, se encogería de terror, gritaría y todo el mundo la compadecería. Y al niño tampoco le importaría; no era más que un niño pequeño y nadie esperaría que hiciera nada. En cambio el chico tenía catorce años, ya era casi un hombre, y de un hombre se espera que defienda a su madre. Pero sabía que no sería capaz de hacerlo. Nunca había podido. La simple idea de pelearse con Vladimir lo ponía enfermo y hacía que toda la fuerza lo abandonara.

—Lo primero es encontrar una habitación para pasar un par de noches —dijo la mujer—. Mañana temprano buscaré en el periódico algún sitio apropiado para vivir. Y luego buscaré trabajo.

—¿Tendré que ir a la escuela? —preguntó el niño.

—Pues claro.

—¿Y si papá viene a la escuela?

La mujer se levantó, arrugó el envoltorio del bocadillo y lo tiró a la basura.

—Por ahí hay una oficina de información —dijo—. Nos ayudarán con el alojamiento.

Atravesó el vestíbulo y entró en la oficina. El chico tiró a la basura el bocadillo sin haberlo tocado siquiera, la siguió con las dos maletas y se detuvo junto a la puerta de la oficina. Oyó a la mujer decirle a alguien que no tenían mucho dinero y que necesitaban algún sitio barato para pasar un par de noches. En otras circunstancias, aquello habría abochornado al chico, pero ahora se limitaba a mantener la mirada ausente y a decirse que aquello no le importaba, que no le incumbía.

La mujer salió con un papelito y explicó que le habían dado la dirección de un sitio cercano. Atravesaron de nuevo el vestíbulo, recorrieron un soportal y salieron a la luz del sol. Se quedaron contemplando los altos edificios de la ciudad, y el tráfico, y los desconocidos que recorrían las calles.

—¡Mirad! —exclamó la mujer en un arrebato de alegría, con los brazos en alto como si pudiera abrazar la entera ciudad y más allá—. ¡Esto son aires nuevos para nosotros! ¡Aires nuevos!

La pensión Shangri-La era un portal entre dos tiendas. Reservaron una habitación para la noche. En ella había una cama doble y otra individual, y la ventana daba a un callejón y a los patios traseros de las tiendas. La mujer dijo que quería descansar un par de horas y se echó sobre la cama doble. El niño se acurrucó junto a ella. El chico se sentó en el borde de la otra

cama, los miró, observó el resto de la habitación y las dos maletas. Estaba demasiado nervioso para dormir. De haber estado solo, tal vez habría llorado para liberar algo de tensión. En lugar de eso, se levantó y se dirigió a la puerta; al salir, oyó a la mujer musitar que luego irían a comer algo rico.

Eran alrededor de las doce del mediodía, el tráfico era denso y la acera estaba abarrotada de gente. Al salir del Shangri-La, el chico torció a la izquierda y siguió andando sin apartarse demasiado de los escaparates de las tiendas. Pegaba los codos al cuerpo y se cuidaba de no cruzar la mirada con nadie. Siempre que alguien lo miraba a los ojos se sentía avergonzado, y además no le parecía necesario. No mirar a los ojos de la gente le ayudaba a ocuparse de sus propios asuntos. El chico seguía siempre en la misma calle para poder regresar con facilidad. Esperaba encontrar un parque o un espacio abierto donde poder sentarse a pensar. Con gente alrededor le costaba pensar, no lograba sumergirse en sus reflexiones tanto como necesitaba. Al chico le gustaba susurrarse sus pensamientos y oír el sonido de las palabras. Siempre que las circunstancias lo privaban de un espacio propio para pensar durante un tiempo prolongado, se descompensaba y se ponía nervioso, como si en ese lapso de tiempo surgieran de forma inevitable todo tipo de complicaciones y peligros. El único modo de mantener las cosas bajo control era pensar continuamente.

Absorto en estos pensamientos, llegó a un cruce y, al poner un pie en la calzada, un autobús que torcía le pasó muy cerca. El conductor le chilló e insultó. El chico reculó y se quedó temblando en el bordillo de la acera. A su espalda oyó reírse a unas chicas y pensó que debía de ser por él, pero no se atrevió a volverse.

Por fin cruzó la calle y se apresuró a mezclarse con la multitud. Aún temía que las chicas estuvieran detrás, así que en cuanto vio la primera tienda, frenó y se quedó en la puerta para dejar que pasaran de largo.

Era una tienda de armas. Había estantes con rifles en el escaparate y, al fondo, colgados de la pared, medallas, banderas, algunas insignias nazis y un casco de acero alemán. El chico observó el casco y comenzó a tranquilizarse, porque le recordaba a Diestl, un personaje de una película bélica que había visto. En la película había muchos otros personajes, americanos, franceses o yugoslavos, pero solo Diestl le había cautivado profundamente.

En la película, los alemanes ya han sido derrotados. La unidad de Diestl ha sido aplastada demasiadas veces, no hay modo de rehacerla y ya nadie se ocupa de ella. De modo que Diestl avanza en solitario por el campo francés, con un brazo herido que le cuelga inerte a un costado, la guerrera sucia y hecha jirones, y el subfusil Schmeisser al hombro del brazo hábil. Diestl sabe muy bien que no habrá victoria, pero él nunca se rendirá. No por convicciones nazis, puesto que ya no alberga ninguna convicción. Tampoco conserva ningún vínculo afectivo con nadie, porque sus amigos han muerto en el campo de batalla y su familia en los bombardeos. Diestl ha consumido todos sus sentimientos, salvo una especie de orgullo sombrío que le proporciona determinación y lo hace peligroso mientras siga en pie. Tal vez «orgullo» no era la palabra adecuada. El chico no sabía cómo expresarlo, solo sabía que las escenas de Diestl avanzando renqueante, como un lobo o un forajido, por las carreteras de un mundo hostil y en ruinas, habían dado respuesta a algo que subyacía en lo más profundo de su ser.



El chico se apartó de la entrada de la tienda de armas y siguió caminando. Ahora, sin embargo, no le inquietaba separar los codos ni mirar a los ojos de la gente. Miraba al frente con expresión ausente y dura. Dejó muerto el brazo izquierdo e imaginó el sólido peso del Schmeisser colgado de su hombro derecho.

En una esquina vio una iglesia grande y generosamente adornada que se erigía en medio de un amplio espacio con bancos a la sombra de los árboles. El chico se dirigió renqueante a un banco, se desplomó en él e hizo como si se descolgara el Schmeisser y lo dejara a un lado. Con una mueca de desdén en los labios, observó los coches y la gente que pasaba. Pero al cabo de poco rato abandonó el modo Diestl; no era conveniente prolongarlo, porque comenzaba a resquebrajarse y perdía el efecto.

Refrescaba, el cielo se estaba nublando y se había levantado una brisa que agitaba las hojas de los árboles. Aquel cambio de tiempo reconfortó al chico; los días de frío, nubes y lluvia siempre le habían gustado más que los días soleados. Pensó que podía seguir paseando por la ciudad, pero notó que estaba cansado y hambriento, así que decidió dar media vuelta. Cruzó a la otra acera y caminó en dirección a la pensión. Comenzó a llover.

A ese lado de la calle había cines, y el chico se paró delante de cada uno de ellos a observar los carteles y los anuncios de los próximos estrenos. En uno de los cines parecía que ponían películas obscenas, a juzgar por las fotografías de chicas en camisón tendidas en la cama en posturas sugerentes, o duchándose tras cortinas a través de las que se intuían sus cuerpos. Mientras el chico las miraba, de pronto se dio cuenta de que una acomodadora lo observaba al otro lado de las puertas de cristal del vestíbulo. Creería que se trataba de un perverso. El chico se apresuró a marcharse, y se hubiera puesto furioso de no ser

porque la lluvia se había intensificado. Dejó que la rabia se disipara. Cuando pasó por delante de la tienda de armas, recordó a Diestl y pensó que la acomodadora no importaba. Diestl hubiera hecho que aquella imbécil se arrepintiera, y este pensamiento dibujó una amplia sonrisa en la cara del chico.

Cuando llegó a la pensión Shangri-La, la mujer y el niño lo estaban esperando para ir a comer. Salieron y buscaron una cafetería agradable, pero todas las que vieron tenían un aire o bien sórdido, o bien prohibitivo. No dejaba de llover, y no querían alejarse demasiado, así que compraron pescado frito con patatas, se lo llevaron a la habitación y comieron sentados en las camas. La mujer sacó una botella de jerez de una de las maletas, se sirvió un poco en un vaso de plástico y se recostó en la cabecera, sorbiendo el jerez y comiendo patatas. Le ofreció algo de jerez al chico, y este dio un par de tragos. El niño también quería, y la mujer dejó que se mojara los labios para que no se sintiera excluido. La mujer comenzó a hablar de nuevo sobre el futuro. Encontrarían un lugar apropiado para vivir, ella conseguiría trabajo, ellos irían al colegio y, con un poco de suerte, comenzarían una nueva vida más grata.

El chico no decía nada. Era consciente con particular claridad de que, en realidad, aquellos anhelos y planes de futuro no le incumbían. Él tenía un destino propio en el que el sueño de una vida grata no figuraba. Desconocía cuál era ese destino, pero sabía que guardaba alguna relación con aquella imagen de Diestl avanzando renqueante por una carretera desierta a través de un mundo en ruinas.

Encontraron un apartamento en un suburbio llamado Ashvale, a unos veinte minutos en tren del centro de la ciudad.

El apartamento consistía en una sola habitación grande con una pequeña cocina, y en la parte trasera había un patio cubierto de maleza y un viejo coche oxidado. Al niño le encantaba el coche y se pasaba horas en él, dando giros al volante e imitando el sonido del motor. En el apartamento había una sola cama doble, pero la casera les había dejado un colchón individual para que el chico durmiera en el suelo. La casera, una mujer muy gruesa que siempre llevaba un salto de cama y zapatillas de andar por casa, era la señora Vetch, pero insistía en que la llamaran Ida. «¡No soy nada formal!», decía.

La primera noche pasaron frío porque tenían solamente una manta de viaje que traían consigo y un par de finas mantas que Ida les había prestado. Al día siguiente la mujer fue a una tienda del Ejército de Salvación y compró mantas, tazas, platos, sartenes y otros utensilios de cocina. Vio una radio a buen precio y también la compró. De ese modo el apartamento comenzó a ser más acogedor. La mujer cocinaba, se sentaban a comer, tomaban té y escuchaban la radio.

Ida entraba a menudo en el cuarto. No llamaba, simplemente aparecía y se sentaba. «¿Cómo te apañas, cariño?», le preguntaba a la mujer, y a continuación proponía que tomaran un té y charlaran. «La vida es triste si no se charla —decía—, y además, no soy nada formal.»

La mujer le contó un poco lo de Vladimir e Ida le habló de su difunto marido.

—El bobo de mi marido nunca me puso la mano encima. ¡No se hubiera atrevido! Sabía que una noche le cortaría el cuello.

Ida le aseguró a la mujer que si Vladimir aparecía, ella misma lo despacharía:

—¡Lo mandaré a hacer puñetas, no te preocupes!

Ya no les quedaba mucho dinero y la mujer buscaba trabajo cada mañana en las páginas de anuncios clasificados. Le interesaban los empleos como mujer de hacer faenas, o cualquier cosa con horarios flexibles que le permitiera ocuparse del niño. Ida le aconsejó que fuera a la agencia de empleo de la señora Hardcastle, y así lo hizo. Consiguió que la registraran a pesar de no tener ninguna recomendación, algo que en principio era un problema; sin embargo, la señora Hardcastle dijo que no pasaba nada, que ella reconocía a una persona honesta a la primera. Aquella tarde, la mujer se lo comentó a Ida de pasada, y la casera salió abruptamente y volvió con un bolígrafo y un papel proclamando que ella misma escribiría las recomendaciones que hicieran falta. Llenó la hoja, fue a por otra, y la segunda también la garabateó entera. Decía cosas como que «Juraba» sobre una «Pila de Biblias» y que deseaba que la «Fulminara un Rayo» si en su carta había una sola «Palabra que no fuera Verdad».

—No me des las gracias, cariño —dijo a la mujer mientras le entregaba las hojas garabateadas—. No soy nada formal.

La mujer le dijo que le estaba muy agradecida. Cuando Ida se fue, guardó las hojas en un cajón y allí se quedaron.

La mujer encontró trabajo en una fábrica de camisas e inscribió al niño en un colegio de Ashvale. El chico debía ir también a la escuela, puesto que legalmente estaba en edad escolar, pero la mujer dijo que por el momento lo ignorarían y al chico le pareció bien. Cada mañana acompañaba al niño al colegio y luego deambulaba por las calles. Memorizó varios trayectos. Le gustaba disponer de rutas que le resultaran familiares y que pudiera recorrer sin temor a sobresaltos. De ese modo liberaba su mente. Rara vez se aburría.

Ashvale era un suburbio residencial de calles tranquilas, ni acomodado ni deprimido. Había algunos paseos con árboles, y algún que otro parque con césped, columpios y barras trepadoras para los niños. El centro comercial más importante estaba cerca de la estación de tren, y el chico siempre pasaba una parte del día allí. Le encantaban los centros comerciales porque eran los únicos lugares en los que uno podía merodear sin llamar la atención de nadie. Y los escaparates, sin importarles lo que hubiera expuesto, siempre le resultaban interesantes. El chico observaba sombreros, frigoríficos o chocolatinas con el mismo interés y espíritu que tendría un visitante de otro planeta: eran objetos de este mundo sobre cuyos usos, significados y combinaciones podía rumiarse sin fin. La gente también era interesante, siempre que pudiera observarla sin involucrarse. El chico sabía qué bancos eran los mejores para sentarse a observar a la gente.

El mejor banco era el que estaba frente a la peluquería de señoras, desde donde veía el interior del salón. Justo detrás de la ventana había una gran planta de interior que no obstaculizaba demasiado la visión y que daba al chico la sensación de mantenerlo protegido y oculto. En el salón trabajaban tres chicas, pero le gustaba observar a una en particular. Era delgada, tenía unas piernas bonitas y largos cabellos color caoba que la mayoría de veces llevaba recogidos en una trenza.

Por el modo en que trataba a las clientas, al chico le parecía que debía de ser especial. Siempre se mostraba amable, pero sin la prepotencia o bobería de las otras dos. Además trabajaba de otra manera. No perdía el tiempo con tontadas como sus compañeras, sino que se ocupaba de sus tareas sin interrupciones y con calma, haciendo las cosas de la forma adecuada y una después de la otra. Cuando la puerta del salón se abría,

el chico alcanzaba a oír fragmentos de conversaciones, sobre todo de las dos tontas. Descubrió que la chica especial se llamaba Polly. Ver a Polly todos los días se convirtió en algo muy importante.

Polly acostumbraba sentarse a comer en una zona abierta con mesas y sillas frente al salón. Solía quedarse a leer, con las hermosas piernas cruzadas y haciendo un ligero movimiento circular con el pie. Al chico le encantaba la manera como estaba sentada y le dirigía prolongadas miradas de soslayo. En una ocasión se acercó lo suficiente para ver el título del libro que leía. Se titulaba *Por quién doblan las campanas*.

Un día Polly salió del salón y se encaminó a cruzar la calle. Se detuvo un instante al borde de la acera, justo al lado del chico. Este trató de mirar hacia otro lado.

—¿Qué tal estás hoy? —oyó que le preguntaba. Miró alrededor y vio que le sonreía. Se sintió herido, como si lo hubieran pillado, pero logró balbucir:

—Bien, gracias. —Polly volvió a sonreírle y cruzó la calle.

Durante un par de días evitó acercarse a la peluquería, pero era demasiado difícil prescindir de verla, así que volvió a dejarse caer por allí y a sentarse en el banco; en varias ocasiones ella le sonrió y saludó con un movimiento de cabeza.

Además del centro comercial, el otro lugar favorito del chico era un parque a unas pocas calles. En el parque había un paseo sombreado por viejos y grandes árboles, un estanque y una cancha. Cada tarde, el chico pasaba por allí de camino a recoger al niño a la salida del colegio. Aquella hora de la tarde era hermosa; la luz destellaba en las hojas y la brisa encrespaba el agua del estanque. A veces, cerca de los baños públicos al otro lado de la cancha, veía a un hombre con un raído abrigo marrón.

Un día el hombre se le acercó paseando y se le sentó cerca. El chico miró de frente.

—Espero a unos amigos —dijo el hombre con voz temblorosa.

El chico no dijo nada.

—Son una pareja curiosa —prosiguió el hombre—, él sobre todo. Siempre quiere, ejem, que le masajee las, ejem, partes.

El chico no dijo nada.

—¿No querrás que, ejem, te masajee las partes? —preguntó el hombre.

El chico trató de imaginar a qué se refería con «masajear» y qué eran exactamente «las partes».

—Entendido —continuó el hombre tras una larga pausa—. No te habrá molestado la pregunta, ¿verdad?

—Supongo que no —respondió el chico, sin comprender aún lo que le había preguntado.

—¿No te importa que pregunte?

—No.

—En realidad, es una cuestión teórica, como la mayoría de cosas —dijo el hombre, y a continuación hizo como si fuera a soltar una carcajada, pero se convirtió en un gemido.

El chico lo miró con cautela y vio que tenía la cara muy pálida, se aferraba al raído abrigo marrón como si estuviera helado y le temblaban las manos. El chico comenzó a temer que el hombre estuviera enfermo y que fuera a desplomarse. Además, le parecía que él apenas de algún modo al hombre. Pensó que debía irse, y había llegado la hora de recoger al niño.

—Me tengo que ir... —comenzó el chico.

—No, no, me voy yo —lo interrumpió el hombre levantándose apresurado—. Te dejo solo, no hay problema. Uno es

inofensivo, ¿sabes? Completamente. —Su trémula voz se había apagado casi por completo.

Hizo ademán de añadir algo, pero se volvió y se alejó deprisa.

Ciertas cosas lo estropeaban todo, como cuando el chico tenía que cambiar su trayecto habitual por culpa de los ladridos de un perro en algún jardín, o porque una señora le había lanzado una mirada de extrañeza mientras regaba las plantas. Esas cosas le provocaban conatos de ira, pero casi siempre lograba que se disiparan. Mientras dispusiera de bastante tiempo y espacio para sí mismo, rara vez necesitaría activar el modo Diestl. Cuando pasaba por el colegio a recoger al niño solía estar lo bastante relajado para afrontar la tarde enjaulado en el apartamento.

En un rincón del apartamento, el chico se había fabricado su propio espacio disponiendo el guardarropa en ángulo recto contra la pared, de modo que al echarse en su colchón quedaba bien escondido. Podía permanecer allí y acariciar el cojín mientras pensaba en Polly. Tenía una lámpara para leer y unas cuantas revistas *Women's Weekly* para hojear. Y tenía la radio. Era bastante acogedor. La mujer siempre volvía cansada de la fábrica de camisas y, tras preparar la cena, no le quedaba energía para nada salvo para tomar una copa de jerez. Por las tardes, el único que estaba inquieto era el niño.

Llevaban en Ashvale un par de meses. Los hornillos de la cocina no funcionaban bien y la mujer se había hartado. Decidió comentarle el problema a Ida, y esta replicó que el anterior inquilino no se había quejado. Después de eso Ida no volvió a ser tan simpática como al principio. Aún pasaba de vez en cuando por el apartamento a preguntar «¿cómo te apañas, cariño?», pero lo hacía con un tono diferente, y ya no se quedaba a tomar el té y charlar. Más adelante, una tarde en que el niño jugaba en el



viejo coche de la parte trasera, alguien se le acercó y le dijo que dejara de hacer el indio. Otro día Ida fue a pedirles que bajaran el volumen de la radio porque molestaba a los demás inquilinos. La mujer objetó que siempre ponían la radio a un volumen bajo. Ida comentó algo sobre «darse aires». La mujer preguntó por qué habían advertido al niño que no se subiera al coche. Ida habló de «niños malcriados».

Uno o dos días después, la mujer recibió noticias de la agencia de la señora Hardcastle. Se trataba de un trabajo como subgerente de una casa de huéspedes en un suburbio llamado Bankington. Incluía alojamiento. La mujer avisó a Ida de que se iban e Ida respondió «¡por fin!».

El día de la mudanza, mientras colocaban sus maletas en el taxi, Ida apareció en la entrada y les gritó que habían estropeado los hornillos y debían pagarlos.

—¡Qué dice! —respondió la mujer.

—¡Te denunciaré! —gritó Ida—. ¿Te crees que no? ¡Sé de qué calaña estás hecha! ¡Eres una fresca irresponsable, y te lo digo a la cara! ¡No soy nada formal!

—¡Querrá decir normal! —replicó la mujer mientras el taxi arrancaba.

Su nuevo hogar era un edificio de tres pisos con balcones y torrecillas. La entrada estaba pintada de amarillo pálido y en un letrero ponía CASA DE HUÉSPEDES MIAMI. El taxi aparcó en un patio. Vieron a un hombre de tez oscura y corta estatura con una pajarita moteada que hablaba serio con otro hombre con aire descontento. Mientras hablaba, el hombrecillo de tez oscura extendía las manos a modo de súplica y, de vez en cuando, posaba una mano en el brazo del otro como para calmarlo.

Descargaron el equipaje, la mujer pagó al taxista y entraron en la recepción. Los recibió la señora Stott, la gerente. Les dijo que el señor Stavros iría a darles la bienvenida enseguida, que en ese momento estaba ocupado atendiendo a uno de los huéspedes. La señora explicó que el señor Stavros era el propietario.

El hombrecillo de tez oscura y con pajarita entró por el patio. Iba arreglado, limpio y olía a colonia. Hablaba con un acento suave y musical. Le dijo a la mujer que le gustaba que el personal estuviera contento y que esperaba lo mismo de ella. La mujer preguntó por el alojamiento para el chico. El señor Stavros sonrió y aseguró que no había problema, que tenían muchas habitaciones y que la señora Stott se iba a ocupar de todo. A continuación miró su reloj, extendió las manos a modo de súplica y se fue apresurado.

—Siempre hace eso —dijo sonriente la señora Stott—; no hay manera de que se esté quieto más de un minuto.

Llevó a la mujer a la habitación donde se quedaría con el niño. Estaba justo al lado de la recepción, cerca de la suite de la propia señora Stott. A continuación condujo al chico por una serie de pasillos y estrechas escaleras. A medida que se alejaban de la recepción, el deterioro y el olor a rancio aumentaban. Hizo entrar al chico en una pequeña habitación del tercer piso que había sido una parte de una habitación mayor dividida por una fina pared de madera contrachapada. Había dos camas individuales, dos guardarropas que ocupaban casi todo el espacio, y una bombilla. No había ventana.

—De momento es toda para ti —dijo la señora Stott y, señalando un trozo de papel descolorido y arrugado que se encontraba pegado a la pared, añadió—: Las horas de las comidas y demás se apuntan ahí.

Cuando la señora Stott se fue, el chico se sentó en una de las camas y miró alrededor. Pensó que allí se encontraría bien, al menos mientras fuera para él solo.

Las tareas de la mujer eran quedarse en la recepción, ocuparse de la centralita fuera del horario de apertura y durante los fines de semana y, en general, ayudar a la señora Stott. Había otros dos empleados residentes: un cocinero y un encargado de la limpieza.

La casa de huéspedes Miami la formaban en realidad cuatro casas distintas, unidas por un callejón trasero. Cada una contenía el mayor número de habitaciones posible. El comedor se encontraba en una de las otras casas y, a las horas de comer, el callejón se llenaba de una procesión de huéspedes que iban y venían. La primera y última vez que el chico probó la sopa, creyó de veras que por error habían servido el agua de fregar los platos. Luego sirvieron el plato principal y hubo de admitir que la sopa no había sido un accidente. En adelante el chico fue a comer con la mujer y el niño a la sala de empleados. En el comedor y en la recepción se sucedían escenas de tensión. Pocos se quedaban más de una semana, pero no importaba, porque el negocio se basaba en la continua rotación de huéspedes.

Al chico le gustaba el Miami. Siempre pasaban cosas nuevas y llegaba gente nueva. Podían ser dos neozelandesas de vacaciones con permiso de trabajo, un tipo proveniente del campo en pantalones de sarga y sombrero de ala ancha, o una familia de otro estado haciendo turismo. El chico escuchaba todos los chismes de los empleados y conocía las circunstancias de cada uno, pero no se involucraba personalmente. Y como parecía que formaba parte del personal, a menudo le preguntaban cosas como dónde estaba la parada de autobús, o la oficina de correos,

y comenzó a cogerle el tranquilo a las conversaciones informales con la gente. Era como ver pasar el desfile de la vida sentado en tribuna.

Lo mejor era disponer de la pequeña habitación del último piso para él. Siempre que quisiera podía refugiarse allí y echarse en la cama con las revistas *Women's Weekly*, o acariciar el cojín y pensar en Polly. Un día fue a Ashvale en tren y volvió a sentarse en el banco frente al salón para observar a través del escaparate. Pero Polly no estaba. Igual había salido, o tal vez había dejado el trabajo. En cualquier caso, Ashvale ya no era como antes y el chico no volvió ni una sola vez más. En cierto modo no importaba que no fuera a ver a Polly nunca más, porque conservaba su imagen y podía evocarla cuando lo necesitara, como cuando estaba solo en su habitación, o cuando fantaseaba con otros lugares y épocas en los que Polly figuraba como la hermosa joven cuyo amante era él.

Una noche, hacia las diez, el chico oyó gritos que venían de abajo. No parecía que fuera un cliente pidiendo un reembolso. El chico se acercó a las escaleras y notó un cierto olor a humo. A medida que descendía, el olor a quemado se hacía más intenso, y al llegar a la sala de empleados vio ante la puerta a un grupo de personas en pijama y camisón. «No pasa nada —les decía la señora Stott—, está bajo control.» En el interior de la sala, el chico alcanzó a ver que había alguien tumbado en el suelo cubierto con una manta. Vio que salía humo arremolinado de una pequeña habitación anexa del tamaño de un ropero que era de Beryl, el cocinero. Un huésped arrojaba agua con un cubo de plástico al colchón, y a su lado estaba el niño.

—¿Dónde está mamá? —preguntó el chico.

—Llamando —respondió el niño.

La mujer vino de la centralita, se abrió camino para entrar en la sala y dijo a la señora Stott que iba a llegar la ambulancia. Luego se arrodilló junto al cuerpo cubierto con la sábana.

—No te preocupes, Beryl, no te preocupes —repetía. El cuerpo temblaba convulsamente bajo la manta.

—Que alguien me llene esto —dijo el huésped con el cubo de plástico.

La mujer levantó la cabeza, vio al chico y le hizo seña de que cogiera el cubo. El chico fue a llenarlo al fregadero y se lo devolvió al huésped, quien se puso a arrojar agua con cuidado en las zonas del colchón que todavía humeaban. En la pared junto a la cama había rastros de las llamas, y en el suelo se encontraban, amontonados y rotos, las fotografías y demás objetos personales de Beryl. El chico fue a llenar el cubo un par de veces más, tratando de no mirar el cuerpo cubierto. Las convulsiones habían cesado, pero el olor persistía.

El señor Stavros llegó cuando los de la ambulancia se llevaban a Beryl en camilla. Salió con ellos y luego volvió para examinar la habitación quemada. Tenía la expresión seria, pero mantenía la calma y una actitud profesional. Algo en la forma de actuar del señor Stavros indicaba al chico que tal vez había visto ya muchas desgracias en su vida y que había perdido el sentimiento de dramatismo que pudieran suscitarle. Entonces reparó en que el señor Stavros le lanzaba una mirada severa. Un momento después lo volvió a notar. Se preguntó qué pasaba, y sintió que apretaba la mandíbula, tensaba los labios y sonreía. Tal vez había sonreído todo el rato. Trató de relajar la boca pero la sonrisa persistía. Se llevó la mano a la cara y fingió que se acariciaba pensativo el labio superior. El señor Stavros volvió a lanzarle una mirada severa y el chico supo que no había logrado

esconder la sonrisa detrás de la mano. Subió a su habitación y se echó en la cama. Tras un largo rato, sus labios comenzaron a relajarse y pudo dejar de sonreír.

Por la mañana supo que Beryl había muerto en la ambulancia.

Poco después el chico empezó a compartir la habitación. Su compañero se llamaba Sal y tenía unos veinte años. Era delgado, de tez oscura y hablaba bajo. Cuando se presentó en la habitación pidió disculpas por su intrusión y añadió que era probable que se fuera pronto, por lo que el chico se esforzó en ser amable. Poco a poco comenzaron a hablar y a veces mantenían largas conversaciones. Sal hablaba sobre todo de chicas. Cada noche se arreglaba y salía, iba a clubs y salas de baile y la mañana siguiente le hablaba al chico de las chicas con las que había bailado o a las que había besado. Al principio el chico fingía que entendía lo que le contaba, como si estuviera familiarizado con esas cosas, pero al cabo de un tiempo dejó de fingir. De ese modo se sentía más cómodo, y podía hacer preguntas. ¿Cómo se trata con una chica? ¿De qué puede hablar uno con ella?

—¿Conoces alguna chica? —preguntó Sal.

—Una —respondió, preocupado por no parecer patético—. Se llama Polly.

—¿La ves mucho?

—Ahora no. Tuvimos una especie de historia de amor, pero no hubo sexo.

—¿Cómo es?

El chico describió a Polly. Contó que solían verse cada día a la hora de comer, que unas veces hacían un picnic en el parque y otras iban al cine. Le explicó que Polly era muy creyente y que de hecho quería ser monja, por lo que nunca pasaron de

cogerse de la mano o de darse un beso inocente muy de vez en cuando.

Una noche el chico confesó que quería hacer el amor con una chica solamente una vez para saber cómo era.

—El problema es que cuando lo pruebas ya no quieres dejarlo —dijo Sal.

Esto causó una honda impresión en el chico e hizo que lo recorriera una sensación desapacible. Había pensado que con suerte probaría el sexo un par de veces en la vida. Pero si Sal tenía razón, y con probarlo una vez uno se convertía en su esclavo... No, pensó el chico, no iba a caer en la trampa.

Recordó a Diestl. En una escena de la película, Diestl se refugia en un viejo establo para pasar la noche. En una casa de labranza cercana vive sola una guapa francesa que, poco antes del alba, acude al refugio de Diestl y se acucilla en la paja a su lado. Se encuentra tan sola, le explica, y aterrada por la guerra. Solo busca un poco de afecto. Diestl, con sus fríos ojos azules, levanta la mirada hacia ella y la observa sin decir nada. Tiene el cuchillo preparado para matarla al menor movimiento en falso. La chica se marcha con sigilo; a continuación, Diestl se levanta para abandonar el establo, previendo que esa zorra podría alertar a los partisanos. Sale renqueante a la carretera, con el Schmeisser a punto y tras él su alargada sombra, mientras la chica lo observa desde una ventana de la casa de labranza hasta que se desvanece en la lejanía. El chico creyó que ahora entendía la escena. Debía ser frío y distante como Diestl, valerse sin ayuda de nadie y desdeñar la trampa del sexo.

El chico leía un libro sobre el auge y la caída del nazismo, pero se limitaba a los primeros capítulos y a los últimos, porque los de en medio trataban de políticas y estrategias que le

aburrían. Lo que atraía su imaginación era el carácter de perdedores de los nazis, su confianza en la propia fortaleza y voluntad, primero para combatir a los rojos en las calles y llegar al poder, y luego para luchar hasta el final cuando las descomunales fuerzas del mundo unido se abaten sobre ellos.

Una noche, mientras el chico leía en la cama y Sal se arreglaba delante del espejo, este le preguntó qué libro era, y el chico lo levantó para que viera la cubierta. Sal dijo algo de los judíos.

—No conozco ningún judío —afirmó el chico.

—Sí que conoces. Yo soy judío, y Stavros también —objetó Sal.

El chico lo miró sorprendido. Se preguntó si el libro le habría ofendido, pero Sal seguía peinándose y sacudiéndose la chaqueta con normalidad. No parecía molesto.

—¿Y qué hacen los judíos? —preguntó el chico.

—No lo sé —respondió Sal—. No soy judío practicante.

—Pero por qué Hitler quería... Ya me entiendes...

—¿Matarlos?

—Sí.

—Qué sé yo. Pregunta a Stavros, estuvo en los campos.

Sal se despidió con la mano y salió.

Al chico le hubiera gustado preguntar al señor Stavros acerca de los campos, la guerra y demás, pero era obvio que no podía. Además, sentía que el señor Stavros se mostraba frío con él. Desde el incendio se habían cruzado muchas veces, y siempre que el chico había mascullado un «hola», el señor Stavros había pasado de largo con la mirada ausente. Aquello era llamativo, porque el señor Stavros se mostraba afable y sonriente con todos los demás, salvo tal vez con la mujer. Con ella también se mostraba frío.



Una tarde, el chico estaba sentado solo en la sala de personal. Tenía una caja de ceras del niño y pintarrajeaba en un bloc para pasar el rato. Empezó a dibujar una esvástica y, como le estaba quedando mejor que los otros dibujos, siguió hasta terminarla. Luego rellenó la cruz de negro, reservó de blanco un círculo alrededor y el resto lo pintó de rojo. Estaba bien hecha, era una bandera nazi completa y con los colores adecuados. Causaba impresión. Justo en ese momento oyó que alguien venía y volvió el bloc para ocultar el dibujo. El señor Stavros se quedó en la puerta.

—Solo estoy dibujando —dijo avergonzado el chico. El señor Stavros se acercó a la mesa, volvió el bloc y miró el dibujo. Luego lo puso boca abajo de nuevo y salió sin decir nada.

Al día siguiente la mujer le dijo al chico que quería hablar seriamente con él.

—¿Qué quieres hacer?—le preguntó cuando se hubieron sentado.

—¿A qué te refieres?

—A tu vida, tu futuro. No parece que tengas interés en volver al colegio, pero ¿qué piensas hacer?

—No lo sé —respondió con mirada ausente el chico.

—Pues será mejor que empieces a pensar en ello, porque no puedes andar por ahí embobado de ese modo.

—No estoy embobado.

—¿Ah no? Pues lo aparentas. ¿Quién crees que te paga la habitación y las comidas aquí?

—No lo sé —respondió. Nunca se le había ocurrido pensar que había que pagarlo.

—Yo, por supuesto —dijo la mujer—. Pero también tengo que mantener a tu hermano y me tengo que mantener a mí, además de

a ti, y no creo que este trabajo dure mucho. Tienes que empezar a hacerte responsable de ti mismo, eso es todo lo que digo.

—¿Y entonces qué tengo que hacer? —preguntó desconcertado el chico.

—Para empezar podrías buscar trabajo.

El chico se sintió como si le hubieran pedido que subiera a la luna.

—Con un trabajo te podrías mantener y alquilar una habitación en alguna parte.

—¿Dónde?

—Aquí cerca. Por esta zona hay muchas habitaciones de alquiler.

—¿Y por qué no aquí mismo?

La mujer lo miró.

—El señor Stavros no quiere que te quedes.

El chico apartó la mirada.

—Escucha —dijo la mujer—, he llamado a la señora Hardcastle y le he pedido cita para ti mañana por la mañana.

El chico no dijo nada.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó la mujer.

—No lo sé —respondió.

La mujer se levantó.

—Tienes toda la vida por delante —dijo la mujer con brusquedad—, así que será mejor que espables.

La señora Hardcastle, sentada detrás del escritorio, era delgada y se cubría los hombros con una piel de zorro cuya cabeza descansaba sobre su pecho y enseñaba los colmillos, como si gruñera, y tenía un par de redondos y brillantes ojos de cristal que lanzaban una mirada feroz al chico. La señora Hardcastle hojeaba unas fichas.

—¿Y tu querida madre está bien? —preguntó sin levantar la mirada.

—Sí —musitó el chico.

—Me gusta pensar en mis clientes como miembros de una gran familia feliz —proclamó la señora Hardcastle sin levantar la mirada.

El zorro lo observaba fijamente.

—Y ahora tú también formas parte de nuestra familia.

—Sí.

La señora Hardcastle interrumpió su búsqueda y puso atención en una ficha concreta.

—¿Qué tal «la llamada del campo»? —preguntó, jugueteando con la ficha—. El señor Coles busca un mozo para su hacienda. Pastos de ovejas, cerca de Balinga. Máxima perentoriedad.

—Sí —musitó el chico, preguntándose qué querría decir «perentoriedad».

—Entonces mando un telegrama al señor Coles.

—Sí.

—Llámame mañana a esta hora y te cuento los detalles.

—Sí.

—Y dale recuerdos a tu querida madre.

—Sí.

La señora Hardcastle no levantó la mirada, pero notó que el zorro lo observaba mientras se dirigía a la puerta.